

## ALGUNAS NOTAS MITOLÓGICAS SOBRE LAS *DIONISIÁCAS* DE NONO DE PANÓPOLIS

*Antonio Villarrubia Medina*  
*Universidad de Sevilla*

Este artículo ofrece un nuevo acercamiento al mundo mítico de las *Dionisiácas* de Nono de Panópolis, abordando especialmente la importancia de Dioniso en los distintos episodios de este poema épico griego compuesto en el período imperial.

This article offers a new approach to the mythical world of the *Dionysiaca* of Nonnus of Panopolis, especially dealing with the importance of Dionysus in the several episodes of this Greek epic poem composed in the Imperial period.

1. La poesía imperial griega alcanzó una de sus cumbres máximas con las *Dionisiácas* (Διονυσιακά), la magna obra épica pagana compuesta por Nono de Panópolis (siglo V d.C.), autor también de la *Paráfrasis a Juan* (Παράφρασις εἰς Ἰωάννην), es decir, la *Variación del Santo Evangelio según Juan* (Μεταβολή τοῦ κατὰ Ἰωάννην ἀγίου εὐαγγελίου), y, en suma, maestro indudable del período final de la literatura antigua. En un trabajo extenso nuestro, escrito ya hace algunos años en el páramo de los estudios españoles que versaban sobre esta composición multiforme –retomada sin reparos excesivos y con aciertos parciales en otros lares– y, por lo demás, incluido luego en un volumen colectivo (“Las *Dionisiácas* de Nono de Panópolis”, en *Las letras griegas bajo el Imperio* [Sevilla 1996] 9-54), se abordaron con detalle aquellos puntos esenciales que permitían un acercamiento preciso a dicho poema crepuscular, exponente claro de un contexto histórico, social, cultural y religioso bastante concreto. El propósito discreto de esta contribución es el análisis somero del uso de la mitología en los versos

dionisíacos del viejo poeta egipcio; acentuándose una vez más la importancia absoluta de Dioniso<sup>1</sup>.

2. Muchos estudiosos han sopesado el conjunto de la obra dionisíaca y la llamada cuestión noniana, analizando para ello las características de los personajes y la estructura narrativa, ya con unas formulaciones unitarias (desde J. A. Weichert y el Conde de Marcellus hasta G. F. Damiani, I. Negrisolí, V. Stegemann y, con matices, H. Gerstinger y Q. Cataudella), ya con unas formulaciones analíticas o bien analítico-genéticas (desde A. Scheindler y M. Croiset hasta P. Collart y R. Keydell), sin soslayar unas posturas recientes más conciliadoras (posiblemente, G. D'Ippolito y, sobre todo, F. Vian y P. Chuvín, entre otros). Como era de esperar y sin pretender la solución de unas cuestiones generalmente hueras, se desprende de una lectura pausada que la vida de Dioniso, llamado también Baco, Bromio y Lieo, el dios heroico del mundo pagano, inundaba todo el poema hexamétrico de Nono de Panópolis, comenzando con las noticias sobre su linaje, su nacimiento y su juventud (cantos 1-12), siguiendo con la Conquista de la India (cantos 13-40) y finalizando con sus empresas posteriores y su apoteosis última (cantos 40-48).

2.1. Como una primera justificación de la omnipresencia de Dioniso, en el trabajo nuestro ya citado ("Las *Dionisíacas* de Nono de Panópolis", en *Las letras griegas bajo el Imperio* [Sevilla 1996] 9-54), se hacía hincapié, entre otros asuntos, en un hecho curioso y aleccionador: los doce primeros cantos del poema, aparte de sus contenidos propios, servían intencionadamente de anticipación argumental y estética de los restantes cantos. En unos momentos iniciales –con una hilazón perfecta del poso mítico añejo, de origen oriental, y de la invención vivificante del propio autor–, inscritos en la "Tifonea" (Τυφώνεια), la tradicional "Tifono-

<sup>1</sup> Para el texto griego de las *Dionisíacas* de Nono de Panópolis, cf. la edición completa y magistral de R. Keydell, *Nonni Panopolitani Dionysiaca* I-II (Berlín 1959), la edición precisa y útil de W. H. D. Rouse, *Nonnos. Dionysiaca* I-III (Cambridge [Massachusetts]-London 1940) y la edición aún incompleta y correcta de F. Vian et alii, *Nonnos de Panopolis. Les Dionysiaques* (Paris 1976 y ss.). Para la lexicografía noniana, cf. W. Peek, *Lexikon zur den Dionysiaka des Nonnos* I-IV (Hildesheim-Berlín 1968-1975). Para algunos estudios generales significativos, cf. B. Abel-Wilmanns, *Der Erzählbaufbau der Dionysiaka des Nonnos von Panopolis* (Frankfurt am Mein-Bern-Las Vegas 1977), P. Chuvín, *Mythologie et géographie dionysiaques. Recherches sur l'oeuvre de Nonnos de Panopolis* (Clermont-Ferrand 1991), G. D'Ippolito, *Studi nonniani. L'epillio nelle Dionisiache* (Palermo 1964), W. Fauth, *Eidos poikilon. Zur Thematik der Metamorphose und zum Prinzip der Wandlung aus dem Gegensatz in den Dionysiaka des Nonnos von Panopolis* (Göttingen 1981), H. Gerstinger, "Zur Frage der Komposition, literarischen Form und Tendenz der Dionysiaka des Nonnos von Panopolis", *WS* 61-62 (1943-1947) 71-87, D. Gigli Piccardi, *Metafora e poetica in Nonno di Panopoli* (Firenze 1985), H. Heidacher, *Quellen und Vorbilder der Dionysiaka des Nonnos von Panopolis* (Graz 1949), N. Hopkinson (ed.), *Studies in the Dionysiaca of Nonnos* (Cambridge 1994) y M. String, *Untersuchungen zum Stil der Dionysiaka des Nonnos von Panopolis* (Hamburg 1966). Para nuestras aportaciones, cf. "Las *Dionisíacas* de Nono de Panópolis", en M. Brioso Sánchez-F. J. González Ponce (eds.), *Las letras griegas bajo el Imperio* (Sevilla 1996) 9-54 y "Nono de Panópolis y el escudo de Dioniso", en A. J. de Miguel Zabala-F. E. Álvarez Solano-J. San Bernardino Coronil (eds.), *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a Fernando Gascó (= Kolaios. Publicaciones ocasionales* 4) I-II (Sevilla 1995) 711-719.

maquia”, es decir, la revuelta fracasada del monstruoso Tifoeo (o Tifón) contra Zeus y los demás dioses olímpicos, con la inclusión de unos datos eruditos y curiosos como la ubicación de la morada de Tifoeo en el país de los Árimos y como el robo de los tendones de Zeus y su debilidad absoluta, se apuntaba como una circunstancia llamativa la sustitución clara de Hermes por Cadmo –por entonces afanado en la busca de su hermana, la raptada Europa–, disfrazado de pastor con la ayuda de Pan y flautista mágico ocasional; tras el fin de la lucha divina y con el deseo de obtener la mano de Harmonía, hija de Electra, ofrecida como recompensa por Zeus, Cadmo viajó a Samotracia y, después de algunas gestas, entre ellas la lucha con el dragón (o la serpiente) de Tebas, y de la fundación de la ciudad de Tebas (Θήβης κτίσις), se celebró su boda: del nuevo matrimonio nacieron cuatro hijas, a saber, Autónoe, Ino, Ágave y Sémele, y un hijo, a saber, Polidoro (cantos 1-5). De la unión posterior de Zeus y Sémele nació Dioniso, concebido de naturaleza taurina y como imagen del primer Dioniso o Zagreo, hijo de Zeus y Perséfone –fue este cornífero Zagreo el hijo esperado de Zeus, capaz de blandir el rayo y su sucesor olímpico, pero por el mandato de la celosa Hera los Titanes, mientras el niño observaba sus caras untadas de yeso reflejadas en un espejo, le dieron muerte; ante el crimen Zeus atacó a Gea, la madre de los Titanes, encerró a los asesinos en el Tártaro y provocó deflagraciones y un diluvio (κατακλυσμός)–; para poner fin a las calamidades y ante las súplicas amargas e inesperadas de Eón (Αἰῶνος λιταί), fue enviado por Zeus su nuevo hijo Dioniso, tras la muerte terrible de Sémele y su propio nacimiento azaroso (cantos 6-8). No tuvo Dioniso una infancia fácil, si bien gozó de una juventud compartida entre juegos y algún amor, y fue dueño de la vid, de la que nacerían las uvas en otoño, como se desprendía proféticamente de las Tablas de Harmonía (κύρβιες Ἀρμονίης) –vinculadas con la armonía universal (*harmonia mundi*) y, luego, aludidas en otro episodio posterior como las Tablillas de Harmonía (πίνακες Ἀρμονίης)–, (cantos 9-12). Con todo ello se producía la vinculación lógica del episodio del enfrentamiento divino con el linaje materno del propio Dioniso, representado por la figura de Cadmo, perfilado en esta ocasión como ejemplo de la condición humana; y, a la vez, tanto ambos personajes, Cadmo y su nieto Dioniso, comenzaban a trazar unas trayectorias vitales parcialmente paralelas, inmersos el uno en un conflicto olímpico decisivo y, más tarde, el otro en la conquista india, como la victoria de Zeus anticipaba el triunfo posterior de su hijo Dioniso. De igual manera, el poeta recreaba las figuras de Zeus, un dios, y Cadmo, un mortal, forjándose en ambos la personalidad definitiva de Dioniso: por su padre supremo, llegaría a ser un dios y competiría con enemigos imposibles y, por su abuelo materno, sería el benefactor errante de los hombres; además, como elementos comunes, destacaban tanto la victoria en las empresas –Zeus venció a Tifoeo y a los Titanes, Cadmo al dragón de Tebas y a los Espartos (o también Gigantes) y Dioniso a los Indios y a los Gigantes de Tracia– como otros hechos afines –fue Zeus quien lo vinculó con la prolífica vid y fue Cadmo quien esbozó con sus propios viajes los viajes posteriores de su nieto y con su estancia en el

palacio de Electra sus estancias posteriores en los palacios de Estáfílo y de Licurgo-; y quedaba sólo un punto oscuro ejemplificado, a modo de advertencia insalvable, en el caso de Zagreo: la condición de hijo de Zeus no garantizaba el triunfo final, que habría de asentarse en el empeño personal. Por último, en la sección del nacimiento, la infancia y la juventud de Dioniso habrían de señalarse unos puntos bastante curiosos: el salto de Ino y su hijo Melicertes al mar anunciaba el lanzamiento del propio Dioniso a las profundidades marinas, huyendo de Licurgo; el amor fugaz de Dioniso por Ámpelo, cuyos juegos fúnebres precedían a los juegos fúnebres de Estáfílo y Ofeltes, avanzaban los episodios amorosos de Nicea, Palene, Ariadna y Aura; y, del mismo modo, la fortaleza de Dioniso era evidente en el episodio de su derrota consentida ante Ámpelo, cuya inmortalidad preludiaba la apoteosis final de Dioniso, unido a las vides, compañero de las Basárides, protector de los hombres, luchador contra los Gigantes y los Indios y, al cabo, dios.

2.2. Como una segunda justificación de la omnipresencia de Dioniso, también en otro trabajo nuestro (“Nono de Panópolis y el escudo de Dioniso”, *Kolaios* 4 [1995] 711-719), se estudiaba detenidamente el escudo de Dioniso, aludido y descrito en un momento curiosamente central de la obra (25.297-572), la “fabricación de armas” (ὄπλοποιία), de tintes homéricos, como un elemento axial que encerraba una explicación exhaustiva de la esencia dionisíaca. Así, cuando Dioniso lamentaba la hostilidad de la celosa Hera, recibió unas armas (τεύχεα), de manos del lidio Atis como regalo de Hefesto y Rea y con el mensaje de que, con el escudo (ἀσπίς) de estrellas, al séptimo año, habría de destruir la ciudad de los Indios; y, luego, visitó la morada de Rea en Meonia (o Lidia), mientras agitaba el escudo grande (σάκος), arma (ὄπλον) del Olimpo, que causó en la muchedumbre congregada una enorme expectación. Y en un pasaje extenso se procedía a la descripción (ἐκφρασις) del citado escudo (25.384b-567), que ofrecía variadas escenas: el Universo y su representación total, Tebas –con la alusión a la novilla legendaria y, por tanto, a la fundación de la ciudad por Cadmo– y la construcción de sus murallas por los hermanos gemelos Zeto y Anfión, el joven Ganimedes y las menciones tanto de su rapto como de su nuevo oficio de copero divino, los hermanos Moria y Tilo y el episodio del gigante Damasén y la flor de Zeus y, finalmente, Cíbele-Rea y la entrega de una piedra en lugar de Zeus a su esposo Crono, que vomitaba a los hijos previamente tragados junto con la misma piedra. Y todo llevaba a Dioniso: el Universo suponía la afirmación de la totalidad absoluta con la que se vinculaba el protagonista, Tebas era su universo personal, Ganimedes, llevado al Olimpo, era el parangón mítico con diferencias, no obstante, muy acusadas, Moria y Tilo simbolizaban el triunfo ante las dificultades extremas y, por último, Cíbele-Rea y la presencia de Zeus señalaban la victoria sobre las tropas indias y la consecución armónica de la paz.

3. No obstante, podrían apuntarse distintos casos sugerentes en la misma línea, muestras definitivas del quehacer literario y selectivo de Nono de Panópo-

lis, partiendo de la consideración fundamental de que la rica mitología de las *Dionisíacas* ofrecía diferentes motivos que, más que romper el discurso poético y narrativo, lo completaban. Eran éstos los casos extensos y reiterados de las doncellas huidizas del lecho (παρθένοι φυγόμενοι), también conocidas como las mujeres huidizas del lecho (γυναῖκες φυγόμενοι), es decir, Nicea (15.169-16.405), Calcomedea (o Calcómede) (33.4-35.222), Béroe (41.10-43.418) y Aura (48.238-968), y los casos de las comparaciones ponderadas (συγκρίσεις) del protagonista absoluto, es decir, Dioniso, con otros hijos de Zeus (25.22-296), es decir, Perseo (vv. 31-147), Mínos (vv. 148-174a) y Heracles (vv. 174b-252), si bien se evitaban otras comparaciones posibles –si se quiere, no del mismo tenor–, entre ellas la comparación de Dioniso con Aquiles –soslayándose así la desaparición irremediable del héroe griego, por lo demás, citado varias veces–, a la vez que se diluía la posible comparación de Deríades con Héctor –evitándose así la simpatía despertada por el héroe troyano, valorado sin ambages por Homero, sobre todo, dado el tono homérico que por momentos rezumaba esta obra–, excusando su tratamiento literario como el homenaje exquisito debido al propio poeta de Quíos: y fue claro el poeta egipcio en su alusión precisa al episodio bélico troyano (vv. 255-256: Τρωάδος ὑσμίνης οὐ μνήσομαι· οὐ γὰρ εἴσκω / Αἰακίδη Διόνυσον ἢ Ἔκτορι Δηριαδῆα). Por lo demás, nuestro poeta distribuía en su obra retazos de una lejanía mágica y fantástica peculiar, como lo mostraban entre otros casos la monstruosa Campe (cf. 18.235-267), con una presentación deudora de su propio Tifoeo (cf. 1 y 2, *passim*) y, como cabría esperar, del Tifoeo de Hesíodo (cf. *Th.* 820-835), el lugar bien sombreado por la espesura de los árboles, inaccesible incluso a la flecha errante, (cf. 21.326-345), la historia citada de los hermanos Moria y Tilo y el episodio del gigante Damasén y la flor de Zeus (cf. 25.451-552), los árboles de miel de Arizantea (cf. 26.183-200), los extraños pájaros indios, el horión y el catreo, (cf. 26.201-211), el hipopótamo del río Hidaspes (cf. 26.236-244) y los longevos elefantes del Eta, monte indio de igual nombre que el monte griego de Tesalia, (cf. 26.295-328), sin obviar a unos personajes tales como el imaginado gigante Indo, héroe fundador del pueblo de los Indios, (cf. 18.268-272) y el desconocido gigante Alpo, hijo de la Tierra y rival de los dioses, (cf. 45.170-215) y como el enorme rey Deríades y su gigantesco yerno Orontes (para ambos parientes, cf. 25.251b-252; sólo para Orontes, cf. *etiam* 34.177). Y especialmente llamativas eran dos historias marginales y marginadas, de aires exóticos y fabulosos, protagonizadas, respectivamente, por Téctafo y su hija Eeria (26.101-145 y 30.127b-187), a modo de díptico poético, y por Siton y su hija Palene (tras 43.432-436, fundamentalmente, 48.90-240), a modo de relato único.

3.1. Uno de los momentos poéticos de mayor fabulación era la historia local y popular del príncipe indio Téctafo y su hija Eeria (26.101-145), incluida, a modo de digresión matizada, en la exposición detallada del catálogo de las tropas del rey Deríades (Δηριάδου στόλος) (26.38-378). Atendiendo a la importancia

de la isla de Creta en la expedición dionisiaca, como atestiguaban los Radamanes arábigos, descendientes minoicos del juez mítico Radamantis, que, al cabo, favorecerían la victoria decisiva de Dioniso sobre los Indios, Modeo, el rey aliado de Deríades y luego gobernador de los Indios sometidos, y Asterio, fundador de una colonia cretense en el Cáucaso –como cretense era Ofeltes y cretenses fueron Horión y Catreo, luego transformados en pájaros exóticos, según puntualizaba Clitarco (siglo IV a.C.), el historiógrafo novelesco de Alejandro Magno, que plasmó dicho cambio exótico (cf. *FGrHist.* 137F21-22) y que también pudo ser quien tornara en guerreros indios a los antiguos héroes cretenses–, era Téctafo un nombre también de origen cretense, si bien se documentaba con la variante de Téctamo, antiguo rey de Creta y padre de Asterio, (cf. Diod. 4.60.2 y 5.80.2) –la forma noniana de Téctafo procedía del genealogista Andrón de Halicarnaso (siglo IV a.C.) en los *Parentescos* (cf. *FGrHist.* 10); hijo del héroe Doro, este Téctafo fue el jefe de la migración doria en Creta–. Rey de los Bolinges –pueblo indio situado al Oriente; el poeta épico Dionisio (siglo II d.C.) hablaba en las *Basáricas* no de los Bolinges (Βώλιγγες) sino de los Bolingas (Βώλιγγαι) y aludía a su rey Téctafo (cf. *fr.* 19 r 4 Livrea: καὶ τότε Βωλίγγημι με]τ' ἀνδράσι [Γέκ]ταφος ὤρτο)–, fue Téctafo uno de los aliados del rey Deríades, que había sido salvado anteriormente por su hija, (vv. 101-103: Τέκταφος εἰς μόθον ἦλθεν ἐκηβόλος, ὅς ποτε κούρης / χεῖλεσι πειναλέοισιν ἀλεξητήρια πότμου / πατροκόμου δολόεντος ἀμέλγετο χεύματα μαζοῦ) –el motivo del destino (μοῖρα, μόρος y, sobre todo, πότμος) se volnía axial (v. 102: ἀλεξητήρια πότμου y vv. 130-131: αἰνομόρφ δὲ / τίς κοτέει θνήσκοντι); por otra parte, se acentuaban las ideas de la liberación y la protección de los males junto con el seno (μαζός) como símbolo (v. 102: ἀλεξητήρια πότμου, v. 136: ἀλεξικάκων γάλα μαζῶν y v. 142: μαζὸν ἀλεξικάκοιο δολοπλόκον ... νύμφης) en todo el episodio–; encarcelado en otro tiempo por orden del vengativo Deríades –caracterizado sólo como monarca (vv. 105-106: σκηπτοῦχος ... Δηριάδης)–, se consumía, al modo del dramático Filoctetes sofocleo, moribundo –como un cadáver en vida (v. 104: νεκρὸς ἐχέφρων)–, atado y abandonado, por la falta de alimentos en una cárcel subterránea y apartada –adviértase la insistencia en este dato preciso (v. 107: εὐρώεντι ... βερέθρω, v. 110: χθονίω ... βυθῶ, v. 112: ὑπὸ κοιλάδι πέτρῃ, v. 128: καταχθονίω ... βερέθρω, v. 135: εἰς μυχὸν y v. 136: ἐν ... βερέθρω)– bajo la vigilancia de un ejército de guardianes (v. 117: καὶ φυλάκων στρατὸς ἦεν ἐελμένοι ἀνδρα φυλάσσων); pero su astuta hija (v. 118: κερδαλέη θυγάτηρ), que acababa de ser madre (v. 120: νεητόκος), usando sus dotes de persuasión y agitando sus ropas para demostrar que no ocultaba nada (vv. 119b-120: ἰκεσίη δὲ βαρύστονον ἴαχε φωνῆν / σεισαμένη δολόεντα νεητόκος εἶματα νύμφη), en una intervención sentida (vv. 121-134) les pidió a los carceleros, sin llevar nada salvo lágrimas (vv. 121-123: “μή με κατακτείνητε, φυλάκτορες· οὐδὲν αἶρω, / οὐ ποτὸν ἦλθον ἄγουσα καὶ οὐ τινα δαῖτα τοκῆ· / δάκρυα, δάκρυα μούνον ἐμῶ γενετῆρι κομίζω) –y, si no la creían, podían registrarla a fondo (vv. 124-127), porque, astutamente, insistía en no llevar nada (v. 127: οὐ ποτὸν

ἦλθον ἄγουσα φερέσβιον) y en no ser motivo de temor ni siquiera para el rey (v. 129: οὐ φόβος, οὐ φόβος εἰμί, καὶ ἦν σκηπτοῦχος ἀκούση)—, sólo una tumba común para ambos (vv. 133b-134: ὀλλυμένους δὲ / εἷς τάφος ἀμφοτέρους, γενέτην καὶ παῖδα, δεχέσθω”); y, entrando en la celda, le ofreció a su padre su propia leche y lo salvó (vv. 135b-138a: καὶ εἰς μυχὸν ἔδραμε κούρη, / ὄρφναίω γενετῆρι φαεσφόρος· ἐν δὲ βερέθρῳ / εἰς στόμα πατρὸς ἔχευεν ἀλεξικάκων γάλα μαζῶν / ἄτρομος). Deríades quedó maravillado ante la piedad de Eeria (vv. 138b-139a: Ἡερίης δὲ θεουδέος ἔργον ἀκούων / Δηριάδης θάμβησε) y le concedió el perdón al padre —de aspecto por entonces ya un tanto fantasmal— de una hija tan avezada (vv. 139b-140: περισσινόοιο δὲ κούρης / εἵκελον εἰδῶλω γενέτην ἀνελύσατο δεσμῶν), mientras el ejército indio alababa la estrategia de la joven junto con su seno —interpretado como símbolo salvador; además, era ésta la culminación de la imagen del engaño astuto (v. 103: δολόεντος ... μαζοῦ y v. 120: δολόεντα ... εἶματα)— (vv. 141-142: φήμη δ’ ἀμφιβόητος ἀκούετο, καὶ στρατὸς Ἰνδῶν / μαζὸν ἀλεξικάκοιο δολοπλόκου ἦνεσε νύμφης), al tiempo que la fama de Téctafos se asentaba en el pueblo de los orientales Bolinges, entre quienes resplandecía como Héspero lo hacía entre las estrellas —nótese que Téctafos era ahora el luminoso, cuando antes lo había sido su hija (cf. v. 136)— (vv. 143-145).

Más tarde, durante la guerra abierta, en los momentos decisivos de la principalía de Morreo —era éste uno de los yernos de Deríades— (Μορρέως ἀριστεία) (30.100-225) y, especialmente, en la narración del final de Téctafos (Τεκτάφου ἀναίρεσις) (30.127b-187), se recogía cómo este príncipe aliado participaba en la lucha —insistiéndose como rasgo definitorio en su encarcelamiento— (vv. 127b-129: ἀμαιμακέτῳ δὲ μαχαίρῃ / Τέκταφος ὠμάρτησε σακεσπάλος, ὃν ποτε δήσας / Δηριάδης ἔκρυψεν ἔσω γλαφυροῖο βερέθρου), advirtiéndose entonces la imposibilidad de que el destino pudiera repetirse y de que pudieran evitarse las desgracias (vv. 130-132: οὐδὲ φυγεῖν μόρον εὔρε τὸ δεύτερον· ἐν γὰρ ἀνάγκῃ / τίς δύναταί ποτε πότμον ἀπ’ ἀνέρος ἐχθρὸν ἐρύκειν, / νηλῆς πανδαμάτειρα θανεῖν ὅτε Μοῖρα κελεύει;) —el motivo del destino, señalado anteriormente (cf. 26.102 y 130-131) reaparecía en esta sección (v. 130: μόρον, v. 131: πότμον ... ἐχθρὸν, v. 132: νηλῆς πανδαμάτειρα ... Μοῖρα, v. 146: ὀπλοτέρης λίνα Μοίρης y v. 167: υἱὲ πάτερ βαρύποτμε); y en línea con unos pasajes anteriores (cf. 26.102, 136 y 142) también se insistía en la idea de la protección (v. 148: παιδὸς ἀλεξικάκου y también v. 153: φίλτρον ... φυσίζοον y v. 180: δόλον ... ἀοσητήρα)—, y, sin remedio (v. 133: οὐ γὰρ Τέκταφον εὔρε δόλος θιήσκοντα σαῶσαι), atacaba el ejército de Lieo (es decir, Dioniso), acabando con unos Sátiros, Pileo, Ontirio y Pito, y encontraba la muerte a manos del Cabiro Eurimedonte, herido anteriormente por Morreo —fue ayudado Eurimedonte por su hermano, el Cabiro Alcon, y, finalmente, por su padre, el dios Hefesto, mientras que, a continuación, hubo de serlo Morreo por el padre del propio Deríades, el río Hidaspes, evitando así la muerte de un yerno real, lo que, sin embargo, no había sucedido con Orontes, el otro yerno muerto con anterioridad (cf. 17.225-384),

(vv. 13-99)–, (vv. 140-143, esp. vv. 140-141: ἀλλά μιν Εὐρυμέδων ταχὺς ἔδρακε, καὶ οἱ ὑπέστη / δίστομον ἀντιβίην Κορυβαντίδα χειρὶ τινάσσων), lamentando en el momento postrero el castigo terrible de su encarcelamiento y su destino inmerecido (vv. 145b-147a: πεδοσκαφέος δὲ μελάθρου / ἀρχαίην κακότητα καὶ ὀπλοτέρης λίνα Μοίρης / ἔστεινε) y recordando la salvación pasada debida a su hija (vv. 144-160, esp. vv. 147b-148: καὶ δολίου μεμνημένος εἰσέτι φίλτρον / παιδὸς ἀλεξικάκου κινυρῆ βρυχήσατο φωνῆ), al tiempo que en la intervención final (vv. 150-159) la llamaba, a modo de oxímoron, de una manera bastante significativa y la reclamaba, desesperado, en busca de una nueva salvación (vv. 150-152: “μῆτερ ἐμὴ καὶ μαῖα, δολοπλόκε δύσγαμε κούρη, / τίπτε μοι οὐ σχεδὸν ἦλθες, ὄτ’ ἐγγύθεν ἦλθον ὀλέθρου; / νῦν πόθεν οὐ χραίσμησας ἐμοὶ πάλιν, ἄτρομε κούρη; / ...”) –nótese cómo φίλτρον (v. 147; cf. v. 153: πῆ σέο φίλτρον ἔβη φυσίζουσι); es, a la vez, tanto la poción mágica, es decir, la leche salvadora, en suma, γάλα (cf. 26.137 y 30.167, 169 y 175), como el ardid de la joven, en clara sintonía con δόλος (v. 133), δόλος (v. 155), δόλον ἄλλον ἀρείονα (v. 156), βουλήν κερδαλήν θανάτιο (vv. 156-157) y λυσιπνον δόλον ἄλλον ἀσοσητήρα τοκῆος (v. 180); y ambas posibilidades coincidían en el giro axial δολίου ... φίλτρον (v. 147), propio de una joven tal (v. 150: δολοπλόκε δύσγαμε κούρη); adviértase también, partiendo del calabozo pasado (βέρεθρον), de la identificación del Hades (v. 155: ἐξ Ἰαΐδαο) con el calabozo venidero (v. 159: ἀνοστήτιο βερέθρου)–, y tras sus palabras todo culminaba (v. 160: τοῖον ἔπος μόγις εἶπε, καὶ οὐκέτι πείθετο φωνῆ); mientras, ella –leche, lágrimas y sangre–, desde las murallas veía la muerte de su padre (vv. 161-163a: καὶ γενέτην ὀρώσα νεούτατον ὑψόθι πύργου / οἰκτρῆ ποικιλόδακρυς ἀνέβλυε πευθάδα φωνῆν / Ἡερίην) y mostraba el luto debido (vv. 163b-166), descubriéndose por ello el pecho (v. 164: στήθεα γυμνώσασα δαιζόμενοι χιτῶνος), y, en una última intervención (vv. 167-185), recordaba, a modo de oxímoron y en un tono similar al discurso paterno previo, el episodio de la salvación mencionada (vv. 167-171: “ὕιέ πάτερ βαρύπτομε γαλακτοφόρου σέο κούρης, / σήμερον ἀπνεύστοις ἐπὶ χεῖλεσι σεῖο θανόντος / ποῖον ἔχω γλάγος ἄλλο φερέσβιον, ᾧ ἔπι δειλῆ / ψυχὴν ὑμετέρην παλινάγρετον εἰς σέ κομίσσω; / ποῖον ἐγὼ πάλιν ἄλλον ἀρηγόνα μαζὸν ὀρέξω;”) y, en su desesperación (vv. 172-185) lamentaba la impotencia presente, incapaz de engañar a Hades (o Aidoneo) (v. 172: αἶθε καὶ Ἰαιδονῆα δυνήσομαι ἠπεροπεύειν), al tiempo que ofrecía como un tributo merecido su muerte junto con la sangre de su cuello en lugar de la leche de su seno, (vv. 173-175: σοί, πάτερ, ἐν γέρας ἄλλο φυλάσσειται· οὐ γὰρ εἶσσω / μούνον ἐνὶ φθιμένοις σε· σὺ δὲ κταμένης σέο κούρης / δέξο καὶ αὐχένος αἷμα μετὰ προτέρου γάλα μαζοῦ), suplicándoles a los guardianes de Deriades (v. 176: Δηριάδαο φυλάκτορες) una prisión subterránea (v. 177: δειξατέ μοι μυχὸν ἄλλον ἔσω χθονός) –ahora la cárcel como imposible medio de salvación– y, dada la consumación de las desgracias, aspirando, en una adecuada contrapartida a un deseo añejo (cf. 26.133-134), a una muerte común (vv. 183-185: οὗτος, ὃς ἡμετέρου κεφαλῆν ἔτμηξε τοκῆος, / κτεῖνε καὶ Ἡερίην μετὰ Τέκταφον, ὄφρα



τις εἶπη· / ‘καὶ γενέτην καὶ παῖδα μὴ πρήνιξε μαχαίρη’”) –junto con las demás imágenes se ha ido preparando también las imágenes de la daga (o espada) y del golpe que siega hasta llegar al verso final (v. 127: ἀμαιμακέτω ... μαχαίρη, v. 135: δαΐζων, v. 136: ἤμησε, v. 137: ἀφαιδέι τύψε μαχαίρη, v. 138: ἀπηλόησε σιδήρω, v. 141: δίστομον ἀντιβίην Κορυβαντίδα χειρὶ τινάσσων, v. 181: ἄορ ἐκείνο μαιφόνον, v. 182: πατροφόνω ... σιδήρω, v. 183: κεφαλὴν ἔτμηξε y v. 186: μὴ πρήνιξε μαχαίρη)–; y todo acabó entre las lágrimas de la joven –también las lágrimas habían sido un motivo recurrente: las lágrimas primeras anunciaban un momento triste y luego feliz (26.123: δάκρυα, δάκρυα μούνον ἐμῶ γενετῆρι κομίζω), mientras las lágrimas postreras señalaban la desgracia absoluta (30.149: τοῦ δὲ κινυρομένοιο κατέρρειε δάκρυα μύθω y también 30.162-163a: οἰκτρὴ ποικιλόδακρυς ἀνέβλυε πενθάδα φωνὴν / Ἑρήνη)– (v. 186: ἔννεπε δακρυχέουσα).

El relato de Téctafo y Eeria –los nombres extraños se volvían parlantes: Téctafo aunaba nacimiento y muerte, mientras Eeria era el aire vital, sobrevolando siempre las desgracias, contrapuesta a la quieta oscuridad de su padre– hacía gala de una concepción argumental llamativa. A pesar de la originalidad sugerida de Nono de Panópolis y de su consideración probable como fuente mítica, dada la imposibilidad de aseverar que el poeta Dionisio esbozara esta historia, se hallaban tanto elementos folclóricos evidentes occidentales y, quizás, orientales como rasgos comunes curiosos y coincidentes con otros relatos míticos. Así, Gayo Julio Higino (siglos I a.C.-I d.C.) –en el caso de ser el autor de la colección de extractos mitológicos– esbozaba en una de las *Fábulas* (cf. 254.3) la historia de Micon y Jantipe: la hija habría salvado la vida de su padre, encerrado en la cárcel, con su propia leche. De igual manera, Valerio Máximo (siglo I d.C.) ofrecía en los *Hechos y dichos memorables*, al referirse a la piedad (*de pietate erga parentes et fratres et patriam*), una historia parecida (cf. 5.4.7): condenada una mujer de origen noble por un pretor a la pena capital, fue entregada al triúmviro encargado y luego al guardián responsable de la cárcel, que, compadecido, no llegó a ejecutarla, permitiendo incluso las visitas de su hija con la condición de no llevar alimentos y esperando con ello la muerte de la prisionera por inanición; como tal circunstancia no se produjera, se observó que la hija le daba el pecho a la madre, aliviándole así el hambre; ante la novedad de tan admirable espectáculo, relatado por el guardián al triúmviro y por el triúmviro al pretor, se decidió la remisión de la pena. A continuación, el documentado autor ofrecía brevemente una historia foránea paralela (cf. 5.4.7, ext. 1): condenado el anciano Cimón –es decir, Micon, con un cambio nominal, quizás, por parte del copista, propiciado por el protagonista de la noticia inmediata, el piadoso Cimón, el general griego que fuera hijo del también general Milciades, héroe de Maratón y víctima de la ingratitud ateniense, (cf. 5.4.7, ext. 2; para ambos generales, cf. 5.3, ext. 3c y 5.3, ext. 3g)– a morir de hambre en una prisión, fue alimentado como un niño por su hija Pero –de igual nombre que la hija mítica de Neleo y Cloris y, luego, esposa de Biante–, que le daba el pecho, y, al descubrirse un hecho tan

piadoso y tan inusual, fue indultado –otras noticias alusivas aparecían recogidas por Gayo Plinio Secundo, el Viejo, (cf. *NH* 7.36) y por el tardío Gayo Julio Solino (cf. *Collect.* 1.124)–. No obstante, tanto la urdimbre del episodio como los detalles formales eran propios de su estilo poético-narrativo: en la misma línea se encontraba el relato paradójico de los cinco hijos de Areto y Laobia (cf. 26.250-290): mudos desde sus nacimientos, al cabo, fueron curados por Dioniso, quien, como dispensador del vino, habría sido también el responsable de la curación de un anciano ciego (cf. 25.281-291). Y del episodio noniano en su conjunto se desprendía, más que la inutilidad manifiesta de enfrentarse con las tropas de Dioniso –en suma, un rasgo importante, pero en principio algo aleatorio–, una lección fundamental precisamente para el propio Dioniso –también con otros elementos comunes lejanos como el intento de encadenamiento por orden de Penteo y la leche vivificadora de los rituales orgiásticos–: vinculado, a modo de anticipación argumental, con Téctafos también por la leche salvadora –entre los elementos naturales tenía la leche (γάλα) un cierto carácter mágico, vinculada con los ritos naturales de la fecundidad y, esencialmente, con la tierra cretense, como el vino (οἶνος), omnipresente en todos los episodios y de honda raíz panhelénica, y como la flor de Zeus (Διὸς ἄνθος, posiblemente, la hierba misteriosa conocida como βαλῖς o como βάλλις) del mito de Moria y Tilo (cf. 25.527 y 539), sin obviar la flor sanadora (ὀδυνήφατον ἄνθος) en los campos de batalla citada por Morreo, por entonces enamorado de Calcomedea, (cf. 34.71) y el agua calmante (ὀδυνήφατον ὕδωρ) que pudiera curar a una Basáride herida mortalmente por un guerrero indio, enamorado de la doncella moribunda, con una alusión esperada al pasaje troyano del victorioso Aquiles y la yerta Pentésilea, (cf. 35.70)–, como atestiguaba sorprendentemente el episodio posterior de Hera y la curación de Dioniso –consciente del engaño de Hera, celosa todavía de la desaparecida Sêmele, como causa de la locura de Dioniso, Zeus le dio la orden de ofrecerle a su enloquecido hijo, como ya hiciera su madre Rea, su pecho y alimentarlo con su leche inmortal (γάλα γ, además, ἀμβροσίη), honrada por ello con el Círculo llamado de la leche de Hera, es decir, la Vía Láctea, si bien la versión tradicional se inscribía en la leyenda densa de Heracles y en el ardid de Hermes en busca de la inmortalidad del héroe tebano; en consonancia con estas noticias, según se desprendía de una intervención orgullosa de Sêmele, no sólo habría de citarse la leche nutricia de Rea referida sino que también habría de apuntarse la leche robada de la propia Hera, engañada por el astuto Hermes disfrazado de Ares, (cf. 9.206-242); un dato curioso era la historia noniana de Atamante y de la lactancia imposible del pecho paterno de su hijo Melicertes tras la muerte de su madre Ino (cf. 9.307b-311)– (cf. 35.262-340), Dioniso, en el que también anidaría una cierta piedad, no debía dilatar su victoria sino actuar de manera firme por si resultaba imposible una nueva oportunidad.

3.2. Otro de los momentos poéticos de mayor elaboración era el episodio de Siton (en otras fuentes, Sitón) y su hija Palene (48.90-240). Su contenido apenas si se encontraba esbozado en un pasaje previo, de tono profético y lleno de

significación, sobre los amores de Dioniso –Béroe (cf. 41.10-43.418), Ariadna (cf. 47.265-741), Palene (cf. 48.90-237) y, finalmente, Aura (cf. 48.238-968), (43.419-436)– (43.419-436); en la conclusión del episodio de Béroe (o Amimone), disputada por dos rivales excelsos como Dioniso y Posidón y otorgada en matrimonio a Posidón, se insertaba, en una intervención de Eros (o Amor) a modo de consuelo –en definitiva, era más congruente la boda de Béroe, la hija de la marina Afrodita, con el marino Posidón– y con la petición clara de dejar las tierras del Líbano, una secuencia un tanto alterada de las uniones venideras de Dioniso: primero, en Naxos la abandonada Ariadna, nacida del linaje común de Minos, (vv. 426-428) y, luego, en Frigia, rica en doncellas, Aura (vv. 429-431) y, antes de ésta, en Tracia, dispensadora de novias, Palene (vv. 432-436), caracterizada de manera inequívoca con su lanza (vv. 433b-434a: αὐτῆ / Παλλήνη καλέει σε δορυσσός) y vinculada con una prueba superada por el protagonista épico, la deseable lucha de Afrodita, (v. 436: ἱμερτὴν τελέσαντα παλαισμοσύνην Ἐφροδίτης).

Más tarde, se desarrollaba el episodio mítico en cuestión, centrado en Siton, rey de los Odomantos –para este pueblo, por lo demás, vinculado con el Monte Pangeo, cf. Hdt. *Hist.* 5.16.1 y 7.112 y Plin. *NH* 4.40– y héroe epónimo de Sitonia –para la región de Sitonia (Σιθονία, aquí Σιθονίη), la península secundaria central de la Península Calcídica, en el Quersoneso de Tracia (cf. Hdt. *Hist.* 7.122 [Σιθωνία]), cf. 3.40, 217 y 220; para los gentilicios femeninos de la misma, cf. 37.159 y 48.553 (Σιθονίη), 48.113 (Σιθονίς) y 13.336 y 22.179 (Σιθωνίς); Licofron de Cálcidie aludía en el poema *Alejandra* tanto a Palene (cf. v. 127: la Palenia nodriza de los Nacidos de la Tierra y cf. v. 1407: la Palenia tierra de labor, fecundada por su río, el taurino Bricón, ayudante de los Nacidos de la Tierra) como a Siton (cf. v. 1357: los Gigantes Sítones y cf. v. 1406: sus llanuras)–, que, casado con Anquínoe (o Anquíroo), tenía dos hijas, Retea y Palene (48.90-240) –poco se sabía de la esposa Anquínoe, mientras que, al parecer, las hijas Retea y Palene encubrirían a los viejos Gigantes Reto y Palas, al cabo, apartados de la leyenda dionisiaca; además, tanto Anquínoe como Retea fueron omitidas sin ambages en la narración, una vez que fue elegida Palene como protagonista femenina; y, al igual que Retea fue la heroína epónima del cabo de Retea (o Reteo) en la Tróade, Palene se convirtió en la heroína epónima del cabo de Palene (o Paleneo); para la región de Palene (Παλλήνη), la antigua Flegra (Φλέγρα), tierra de gigantes, la península secundaria occidental de la Península Calcídica, y su mar, cf. 43.225 (Παλληνίδος ἄλμης); para la alusión a una divinidad palenea concreta, en este caso Posidón (cf. Thuc. *Hist.* 4.129.3), cf. 43.334 (δαίμονα Παλληναίου)–. Después del enfrentamiento con los Gigantes de Tracia, Dioniso, deseoso de llegar a Frigia sin dilación, alteró, no obstante, su viaje por una nueva prueba, vinculada con los referidos Siton y Palene, en un contexto agonístico complejo (vv. 90-93a: καὶ νῦ κεν εἰς Φρυγίην ταχὺς ἔδραμεν ὠκέϊ ταρσῶ, / ἀλλὰ μιν ἄλλος ἄεθλος ἐρήτυεν, ὄφρα θανόντων / τοσσατίων ἓνα φῶτα κατακτείνειε φονῆα / Παλλήνης γενέτην θανατηφόρου). Pero Siton albergaba una

pasión ilícita por Palene hasta el punto de aplazar el matrimonio de su hija con las pruebas nupciales (vv. 93b-95a: ὅς ποτε κούρης / οἴστρον ἔχων ἀθέμιστον ἀμαρτιγάμων ὑμεναίων / συζυγίην ἀνέκοπτεν); y los pretendientes encontraban la muerte a manos del rey tracio en el pugilato, en unas palestras llenas de ruido y sangre, (vv. 95b-97: ἀμετρήτους δὲ δαΐζων / μελλογάμους μνηστῆρας ἀπέθρισε, ὦν ὑπὸ λύθρῳ / κτεινομένων καναχηδὸν ἐφοινίσσοντο παλαίστραι), circunstancia ésta terrible que se mantuvo hasta la llegada de Dioniso, reconocido con rotundidad como paladín de la Justicia, (v. 98a: εἰσόκε Βάκχος ἕκανε Δίκης πρόμος). Acercándose al padre de amores imposibles de la casadera Palene, Dioniso solicitó una oportunidad con variados regalos (vv. 98b-101a: ἀγχιγάμου δὲ / Παλλήνης δυσέρωτι παριστάμενος γενετῆρι / ῥιγεδανῆς ὑμέναιον ἀτάσθαλον ἦτεε κούρης, / ποικίλα δ' ὤρεγε δῶρα). Y la prueba anunciada por varón tan terrible fue la lucha de himeneos (vv. 101b-102: καὶ αἰτίζοντι Λυαίῳ / φρικτὸς ἀνὴρ κήρυξε παλαιμοσύνην ὑμεναίων); conducido, pues, a la palestra, lo esperaba Palene con una lanza (cf. 43.434) y un escudo (vv. 103-105: καὶ μιν ἄγων ἐπέβησε κακοξείνοιο παλαίστρης, / ὀππόθι τολμήεσσα δορυσοῦός ἴστατο κούρη / νυμφιδίην ὤμοισιν ἐλαφρίζουσα βοείην).

Pero, extrañamente, todo presagiaba la victoria completa de Dioniso. Bajo la presidencia agónica de Afrodita, en el centro estaba, desnudo, Eros, con la corona nupcial de Dioniso, mientras la Persuasión predecía el triunfo inminente (vv. 106-110: καὶ τότε Κύπρις ἔην ἐναγώμιος· ἦν δ' ἐνὶ μέσσω / γυμνὸς Ἔρως καὶ στέμμα γαμήλιον ὤρεγε Βάκχῳ, / ἦν δὲ παλαιμοσύνη νυμφοστόλος· ἀργυφέῳ δὲ / ἄβρὸν ἀνεχλαίνωσεν ἐὸν δέμας εἴματι Πειθῷ / νίκην μελλογάμοιο προθεσπίζουσα Λυαίου). La joven se despojó de su ropa, dejando a un lado su lanza impetuosa y nupcial (vv. 111-112a: καὶ βριαρῶν μελέων ἀπεδύσατο φάρεα κούρη, / καὶ δόρυ θοῦρον ἔθηκε γαμήλιον); y se revelaba la Sitónide como una mujer, desnuda, si bien con una roja cinta se ceñía la redonda circunferencia de sus firmes senos (vv. 112b-115: ἀβροτέρη δὲ / Σιθονίς ἀκρήδεμμος ἀσάμβalos ἴστατο κούρη, / θηλυφανής, ἀσίδηρος, ἐρευθιόωντι δὲ δεσμῷ / ἀκλινέων τροχόεσσαν ἴτυν μιτρώσατο μαζῶν); y en su desnudez le cubrían las deshechas trenzas de sus abundantes cabellos el cuello (vv. 116-119a: καὶ δέμας ἀσκεπές ἦεν, ἀμετρήτων δὲ κομῶν / ἀπλεκέες πλοκαμίδες ἐπέρρεον αὐχένι κούρης, / καὶ κνήμας ἀνέφαινε καὶ ἀσκεπέων πτύχα μηρῶν / γυμνῆς φαινομένης ἐπιγουνίδος), a la vez que por los muslos llevaba un blanco tejido como protección de su femenino pudor (vv. 119b-120: ἀμφὶ δὲ μηροῖς / ἦρμοσε λευκὸν ὕφασμα, γυναικείης σκέπας αἰδοῦς); y aparecía impregnada de espeso aceite, presta para la lucha, (vv. 121-123: καὶ χροῖα πιαλέῳ πεπαλαγμένον εἶχεν ἐλαίῳ / καὶ παλάμας πολὺ μᾶλλον, ὅπως ἀλύτων ἀπὸ χειρῶν / ὕγρον ὀλισθήσειε πιεζομένη χροῖα κούρη). El combate presentó tres momentos peculiares, entre Dioniso y la propia Palene. En un primer momento (vv. 124-149), Palene atacó entre gritos a Dioniso en su condición de pretendiente (vv. 124-125: Λυαίῳ / νυμφοκόμῳ μνηστῆρι), sujetándolo por el cuello, acción inmediatamente contestada y repetida por el propio Dioniso, que gozaba con el simple roce de la doncella,

aplazando por ello su victoria, (vv. 132-137: καὶ ῥοδέης παλάμης ἐδράξατο, Κυπριδίην δὲ / εἶχε παραιφασίην χιονώδεα χεῖρα πιέζων· / οὐδὲ τόσον μενείαιεν ἐπὶ χθονὶ παῖδα κυλίνδειν, / ὅσσον ἐπιψαύειν ἀπαλοῦ χροός, ἡδέι μόχθῳ / τερπόμενος· καὶ ἔκαμνε δολοπλόκον ἄσθμα τιταίνων / ὡς βροτός, ἀμβολίῃ δὲ θελήμουι κάλλιπε νίκην); luego, Palene intentó levantarlo sin éxito, acción nuevamente contestada y repetida por Dioniso, que consiguió su propósito, levantándola y derribándola, al tiempo que gozaba con la visión plena de la doncella tendida en el suelo (vv. 147-149: καὶ δολίοις βλεφάροισιν ἔην ἐλέλιζεν ὀπωπήν, / κούρης ἀβροκόμου κεκοιμένα γυῖα δοκεύων / καὶ πλοκάμους ῥυπόωντας ἀκηδέστοιο καρῆνου). En un segundo momento (vv. 150-171), Palene se incorporó, si bien esta vez fue Dioniso quien tomó la iniciativa con un ataque rápido y contundente, pero reaccionó Palene, que consiguió derribar a su adversario, vencido por una mano, al cabo, débil e incapaz, pero feliz por sentir sobre su cuerpo el peso de la doncella, sujetándola, (vv. 159-164: καὶ θεὸς αὐτοκύλιστος ἐκούσιος ἦριπε γαίῃ / οὐτιδανῆ παλάμη νικώμενος· ἡμερόεν δὲ / φάρμακον ἔσχεν ἔρωτος, ἐνὶ γλυκερῇ δὲ κοιίῃ / κουφίζων ἐρῶεις ἐπὶ νηδύϊ φόρτον Ἐρώτων / ὑπτιος αὐτὸς ἔμιμνε, καὶ οὐκ ἀπεσείσατο κούρην, / ἀλλὰ μιν ἐσφῆκωσε πόθου φρενοθελεγεί δεσμῶ); librándose Palene de las manos de Dioniso, se levantó, pero su rival volvió a derribarla; y, mientras ella, la rosácea doncella, yacía en el suelo, él vistió sus armas. Y, en un tercer momento (vv. 172-182), Siton se colocó entre ambos; y, cuando Palene se disponía ya a un nuevo enfrentamiento, declaró el final de la lucha nupcial y proclamó la victoria de Dioniso, temiendo que el duro luchador acabará con la vida de su hija (vv. 172-176: ὠκυτέροις δὲ πόδεσσι πατῆρ κατὰ μέσσον ὀρούσας / ἀθλεύειν ἐθέλουσαν ἔην ἀνεσείρασε κούρην, / καὶ γαμίην ἀνέκοψεν ἀεθλοσύνην ὑμεναίων / νίκην ἡμερόεσσαν ἐπιτρέψας Διούσῳ, / μὴ μιν ἀποκτείνειεν ἔχων ἀστεμφεί δεσμῶ); y, con el consentimiento de Zeus, Eros coronó a Dioniso por la victoria en un certamen (vv. 177-179: καὶ Διὸς αἰνήσαντος ἀεθλοφόρον μετὰ νίκην / γνωτὸν Ἔρωσ ἔστεψε γάμων πομπῇ κορύμβῳ / ἡμερτῆν τελέσαντα παλαιμοσύνην ὑμεναίων), parecido a aquella otra prueba en la que Hipómenes venciera a la ansiosa Atalanta (vv. 180-182: καὶ πέλε τοῖος ἀεθλος ὁμοίος, ὡς ὅτε κούρην / χρυσοφαῆ προπάροιθε γαμήλια δῶρα κυλίνδων / Ἴππομένης νίκησεν ἐπειγομένην Ἀταλάντην).

Sin embargo, quedaba aún algo por culminar. Dioniso, paladín de la Justicia (cf. v. 98: Βάκχος ... Δίκης πρόμος), fue, en principio, el vencedor nupcial, pero, en seguida, se convirtió en el vengador irremediable de los pretendientes muertos, acabando sin dilación con Siton mediante un golpe de tirso; y, con un giro estilístico llamativo en el que se aunaban ambos momentos, el tirso (θύρσος), elemento dionisiaco imprescindible y entonces asesino, se tornó prenda de amor y, anticipándose así la escena siguiente, ajuar nupcial, (vv. 183-187: ἀλλ' ὅτε νυμφοκόμοιο πάλης ἐτέλεσεν ἀγῶνα, / Βάκχος ἔτι στάζων γαμίους ἰδρώτας ἀέθλων / Σιθόνα μὲν πρήμιξε τετυμμένον ὀξεί θύρσῳ, / μνηστήρων ὀλετήρα, κυλινδομένου δὲ κοιίῃ / κούρη θύρσον ἔδωκε μαιφόνον ἔδνον Ἐρώτων). Se

celebró la boda de Dioniso y Palene (vv. 188-202; esp. v. 188a: καὶ γάμος ἦν πολύθυμος): participaron en una alcoba nunca silenciosa (v. 188b: ἀσιγήτῳ δ' ἐνὶ παστῶ) los Silenos con sus cantos, las Bacas (o Bacantes) con sus danzas y los Sátiros ebrios tejiendo un himno de Amores y cantando la unión de los victoriosos himeneos –así, se aunaban otra vez los amores y los cantos nupciales propiciados por las pruebas superadas (v. 190: ὕμνον Ἐρώτων y v. 191: συζυγίην ... ἀεθλοφόρων ὕμεναίων)–; y, además, se hallaban presentes unos grupos de Nereides en las faldas de un cercano istmo –luego, el Istmo de Palene, es decir, la península de Palene–, rodeando a Dioniso con un nupcial baile y entonando un canto, junto al mar tracio el viejo Nereo en otro tiempo anfitrión de Bromio, Galatea sobre el nupcial mar proclamando la unión de Palene y Dioniso, Tetis con sus brincos a pesar de su desconocimiento de los Amores –su boda con el mortal Peleo sería posterior–, Melicertes coronando la nupcial espina dorsal del istmo rodeado por el mar y celebrando con los gritos rituales de “evoé” (εὐοῖ) el himeneo de Palene y una de las Hamadriades, en concreto, una Atoíade –es decir, natural del Monte Atos, en Acte (Ἀκτή), luego Atos (Ἄθως), la península secundaria oriental de la Península Calcídica–, junto a la ardiente isla vecina de Lemnos –tradicionalmente, de actividad volcánica– encendiendo la nupcial antorcha de pino tracia. Entonces, en la última sección del episodio (vv. 203-235) la joven esposa lamentó el sino de su padre, pero fue reconfortada en la desgracia por su esposo, gustoso del “evoé” (φιλεύιος), en una intervención, si se quiere, algo recurrente (vv. 203-204: καὶ φίλοις ὄαροισι παρηγορέων ἔο νύμφην / μυρομένην γενετῆρα φιλεύιος εἶπεν ἀκοίτης): a modo de *consolatio*, concisa y contundente, insistía el protagonista en la maldad del padre de la doncella (vv. 205-207: “παρθένε, μὴ στενάχιζε τεὸν δυσέρωτα τοκῆα· / παρθένε, μὴ στενάχιζε τεῆς μνηστῆρα κορείης· / τίς γενέτης ἔσπειρε καὶ εἰς γάμον ἦγαγε κούρην;) y concluía en la inutilidad manifiesta del lamento por un padre perverso, cuya muerte quedaba sancionada por la propia Justicia, a la vez respetuosa con la nueva unión a pesar de su desconocimiento de la boda (v. 211: ἡ γάμον ἀγνώσσουσα) –adviértase la semejanza de las figuras divinas de Tetis y de la Justicia, que apoyaron tal emparejamiento aun estando ellas ajenas a los asuntos nupciales, lo que, ciertamente, hablaba de la bondad del matrimonio–, estableciéndose un paralelismo revelador con la muerte de Enómao y el deseo nupcial de Hipodamea, (vv. 208-214: σὸν κενὸν λίπε πένθος, ὅτι κταμένοιο τοκῆος, / Σιθόνος ὑμετέροιο, Δίκη γελώσα χορεύει, / χερσὶ δὲ παρθενίησι γαμήλιον ἀψαμένη πῦρ, / ἡ γάμον ἀγνώσσουσα, τεὸν γάμον εἰσέτι μέλπει, / Οἰνόμαον πάλιν ἄλλον ὀπιπέουσα θανόντα· / Οἰνόμαος μὲν ὄλωλε, καταφθιμένου δὲ τοκῆος / τέρπεται Ἴπποδάμεια σὺν ἄρτιγάμῳ παρακοίτῃ); retomaba la perversidad del padre (vv. 215-225), acentuando una vez más su mal amor y la dilación de su boda (vv. 217b-218: ... οὐ σε διδάξω / Σιθόνος ἐχθρὸν ἔρωτα καὶ ἀμβολίην ὕμεναίων) y señalando la crueldad con los pretendientes, y planteaba su filiación (vv. 226-233), aseverando que, sin duda, no era hija mortal de Siton (v. 226a: Σιθόνος οὐ μεθέπεις χθόνιον γένος), cabiendo entonces, a modo de sugerencia

cia (v. 227: πείθομαι, v. 228: πείθομαι y v. 231: πείθομαι), un doble origen, es decir, o bien era hija del tracio Ares y Afrodita Citerea (vv. 226b-230), o bien era hija del soberano Hermes y Persuasión (vv. 231-233); y estas opciones encerraban toda una definición de la joven Palene: por Ares sería ardorosa y belicosa y por Afrodita sería amante y amada, al igual que por Hermes (v. 231: ἐναγώνιος) sería luchadora y por la Persuasión sería seductora, si bien era Hermes el que resumía perfectamente el episodio con la lucha nupcial (v. 233: καὶ σε παλαιμοσύνην ἐδιδάξατο πομπὸν Ἐρώτων”). Finalmente, tras el consuelo Dioniso disfrutó durante un tiempo del matrimonio (vv. 234-237: εἶπε παρηγορέων ἀχέων παιήνου μύθῳ, / μυρομένης δ' εὐνησεν ἐπήρατα δάκρυα κούρης. / καὶ γαμίης δῆθουνεν ἐπὶ χρόνον ἐγγύθι νύμφης / τερπόμενος φιλότῃ νεοζυγέων ὑμεναίων) y, después, dejando la morada de Palene y el tracio Bóreas, se dirigió a Frigia, abriéndose otro momento de su devenir heroico, (vv. 238-240: Παλλήνης δὲ μέλαθρα λιπὼν καὶ Θρηῖκα Βορῆα / ῥείης εἰς δόμον ἦλθεν, ὅπῃ Φρυγίῃ παρὰ πῆξῃ / δαίμονος εὐώδινος ἔσαν Κυβελήδες αὐλαί).

La historia tracia de Siton y Palene era bastante conocida en el mundo antiguo, sobre todo, a partir de la época helenística; pero su argumento popular difería de la narración épica de Nono de Panópolis ya expuesta, si bien ambas versiones, al parecer, serían tardías. Según la versión tradicional, recogida, en sus líneas generales, por dos autores locales y apenas conocidos, es decir, el logógrafo y gramático Teágenes (siglo IV a.C.) en las *Macedónicas* (cf. *FGrHist.* 774F11) y el historiador Hegesipo de Meciberna (siglo IV a.C.) en las *Paleniácas* (cf. *FGrHist.* 391F2), y, sobre todo, por dos mitógrafos excepcionales, es decir, Partenio de Nicea (siglo I a.C.) en uno de los *Suframientos amorosos* (Palene: nº 6) y Conón (siglos I a.C.-I d.C.) en una de las *Narraciones* (Palene y Clito: nº 10 [cf. *FGrHist.* 26F1.10]), el rey Siton se negaba a entregar a su hija, la joven Palene, en matrimonio a pesar de los numerosos pretendientes; contra ellos luchaba, probablemente, en la prueba del pugilato el propio padre, que resultaba siempre vencedor; al final, Siton, abandonado por sus fuerzas, decidió desposar a su hija y preparó un combate singular entre dos pretendientes, Driante y Clito; sin embargo, Palene, enamorada de Clito y aconsejada por su viejo ayo (o pedagogo), sobornó al auriga (o a un falso amigo) de Driante, que durante la prueba quitó la clavija de la rueda del carro y provocó el final terrible del joven pretendiente; una vez que Siton supo lo acaecido, levantó una gran pira funeraria en honor de Driante e hizo subir a su hija en ella; entonces, Afrodita –o, quizás, una lluvia divina– apagó la hoguera y ante tal manifestación portentosa el pueblo tracio perdonó a la princesa, que se casó con Clito y se convirtió en la joven epónima de la península de Palene.

Las diferencias entre ambas versiones son variadas y, a la vez, intensas. En la versión tradicional, caracterizada por la ausencia de Dioniso –si bien tras el esbozo de unas noticias del poeta Licofron (cf. vv. 115-127) Conón (cf. 32) refería curiosamente una historia marginal posterior situada en las tierras de Palene: el final de los terribles hijos del rey egipcio Proteo y Crisónoe, la hija de Clito

y Palene, (o bien los hijos de Proteo y Torone, por lo que ambos serían del linaje del dios Posidón), llamados Polígono (o bien Tmolos) y Telégono, que, tras vencer en luchas a todos los extranjeros que cruzaban sus dominios, les daban muerte, esta vez a manos del justiciero Heracles, circunstancia recogida también por el mitógrafo Apolodoro (cf. 2.5.9), que situaba la lucha en la ciudad macedonia de Torone (para Proteo Toroneo, cf. *D.* 21.288-289)–, se hablaba sólo de la oposición de Siton al matrimonio de su hija Palene sin esgrimirse para ello ninguna razón –ni Partenio ni Conón lo hacían–, de su lucha con los pretendientes y del enfrentamiento de los rivales Clito y Driante –en la versión de Partenio (y, posiblemente, en las noticias de Conón) el enfrentamiento de ambos consistía no tanto en una carrera de carros como en una lucha desde los carros (cf. 6.3-4), opción ésta, quizás, algo más cercana a los relatos primigenios agonísticos que se decantaban, más que por la simple carrera, por la lucha y la persecución, de una manera ni siquiera afín al uso de los carros homéricos–, viciado por la intervención de la doncella, condenada al modo oriental y salvada milagrosamente –en Partenio fue la lluvia la causa de su salvación (cf. 6.6), por lo demás, el mismo motivo oriental del poeta Baquilides de Ceos y el episodio de Cresos, rey de Lidia, de la pira y de la lluvia de Zeus (cf. oda 3.23-56), también señalado por Heródoto de Halicarnaso en la narración del mismo episodio del lidio Cresos (cf. *Hist.* 1.87.2), si bien habría de advertirse que en el caso de Partenio la compasión de Siton seguía a la lluvia, mientras que en el caso de Heródoto, puesto que Baquilides sólo insistía en el motivo de la salvación, el arrepentimiento de Ciro precedía a la lluvia (para el motivo de la lluvia salvadora, cabría apuntar también la salvación curiosa de Habrócomes en la novela de Jenofonte de Éfeso [cf. 4.2.6-9]); por su parte, en Conón la muerte de la doncella fue evitada por la visita nocturna de Afrodita a todos los ciudadanos–. Y en la versión noniana, caracterizada por la presencia de Dioniso, se hablaba de la pasión ilícita del padre como razón, del protagonismo justiciero de Dioniso y del combate pugilístico entre Dioniso y Palene –quizás, al mejor de tres asaltos; en una variante mítica más se hablaría de un duelo y, posiblemente, con esta noticia se acomodarían las alusiones, un tanto extrañas, a la lanza y al escudo de Palene (cf. 43.434 y 48.103-105 y 112)–, de importancia básica por aunar Παλλήμη con πάλη (o bien con παλαιμοσύνη), a modo de etiología poética. Por otra parte –y como el mismo Nono de Panópolis apuntaba en sus versos–, las pruebas se asemejaban a las insertas en las leyendas de Hipómenes y Atalanta –Hipómenes (en otras fuentes, Melanión), enamorado de Atalanta, hija de Esqueneo (en otras fuentes, hija de Iaso), venció con la estratagema de las manzanas de oro a la doncella, que, rehusando el matrimonio, había competido victoriosamente en diversas carreras con los demás pretendientes (cf. Apolod. 3.9.2), si bien en alguna variante mítica se hablaba de persecución (cf. Hyg. *Fab.* 185.2); sería este ejemplo mítico el mismo que habría de elegir con matices algo más tarde Museo (siglo V d.C.) en el epilio *Hero y Leandro* (vv. 153-157)– y de Pélope e Hipodamea –Pélope, enamorado de Hipodamea, hija de Enómao, venció al padre de la joven en una carrera de



carros (cf. Apollod. *Epit.* 3-9); quizás, sería esta leyenda peloponesia, más que una versión paralela evidente, el origen mismo de la leyenda tracia, apuntándose como un dato curioso que tanto Siton como Enómao eran tradicionalmente hijos del dios Ares–, aunque podrían añadirse lejanamente los ecos de Idas y Marpesa –Idas, enamorado de Marpesa, hija de Eveno, la raptó en un carro y fueron perseguidos en otro carro por el padre; más tarde, Idas hubo de luchar con Apolo por la mano de la muchacha, que prefirió el amor del héroe mortal (cf. Apollod. 1.8-9)–, si bien el Siton tradicional se asemejaría a Esqueneo, mientras el Siton noniano se asemejaría a Enómao, y si bien la Palene tradicional se asemejaría a Hipodamea, mientras la Palene noniana se asemejaría a Atalanta. En concreto, la prueba noniana también servía tanto para diluir narrativamente la actitud dudosa del posesivo Siton –hijo de Ares (o Posidón) y la Ninfa Osa, era un personaje extraño, de quien Publio Ovidio Nasón (siglos I a.C.-I d.C.), en una intervención de la Miníade Alcítoe, desarrollada en un contexto dionisiaco y recreada en las *Metamorfosis* (cf. 4.279-280), decía, calificándolo nítidamente de equívoco (*ambiguus*), que era unas veces varón y otras veces hembra; si en verdad era este Siton el aludido y no otro del mismo nombre, esta identificación podría explicar, de alguna manera, la sustitución de Reto y Palas por Retea y Palene– y, en alguna medida, el motivo del incesto, en principio, de intención que no de obra –ni Partenio ni Conón hacían hincapié en tal circunstancia–, con la primacia de la figura de Palene –ya quedó señalada la importancia de su hija Palene frente a la omisión de su hija Retea; también Licofron de Cálcida mencionaba en el poema *Alejandra* a Retea (cf. v. 583: su tumba y cf. v. 1161: sus campos); curiosamente, se aludía al incesto en una versión marginal del mito de Enómao e Hipodamea (cf. Hyg. *Fab.* 253.1)–, como para acrecentar la figura de Dioniso, cuya victoria total quedaba reconocida cuando aún no estaban agotadas todas las posibilidades de Palene –el primer asalto fue favorable a Dioniso, el segundo asalto quedó indeciso, si se advertía que eran necesarias unas victorias parciales nítidas, y el tercer asalto fue anulado por innecesario–.

Y de este relato de Siton y Palene –los nombres extraños se volvían parlantes: Siton encerraba la agitación propia y el estremecimiento mismo de los rivales, mientras Palene expresaba tanto la lucha atlética como la agitación fuerte y el lanzamiento de las armas–, de concepción también sorprendente, volvía a desprenderse el poder enorme de Dioniso. En esencia, la presentación de este episodio noniano de Dioniso, asentado, pues, sobre los enfrentamientos sucesivos con Palene y con Siton, encubría un deseo absoluto (δίκη), una motivación doble (ἔρωσ / ἀρωγή [o bien τιμωρία]) y una secuencia argumental también doble (ἄεθλος [o bien ἀγών, πάλη, πάλης ἀγών y παλαιμοσύνη] / νίκη / γάμος // τυπή / νίκη / φονή). Y, una vez más, habrían de extraerse unas consecuencias inmediatas provechosas para el protagonista victorioso (νικῶν): por un lado, la identificación clara de Dioniso con la justicia (δίκαιος) (cf. 48.98) como norma básica de conducta y, por otro lado, la condena de comportamientos extraviados; y, así, Dioniso aparecería como el vencedor en cualquier otra situación injusta,

perfilando con unos tintes de grandeza su figura hasta convertirse como dios (θεός) en el exponente indudable del mundo religioso pagano tardío con la consecución afanosa de su apoteosis (ἀποθέωσις) (cf. 48.974-978).

4. En suma, en la concepción mítica de las *Dionisiacas* podría hablarse, por un lado, de una *μανία* dionisiaca explícita o manifiesta, conformada por aquellos mitos en los que se advertía la presencia directa de Dioniso, y, por otro lado, de una *μανία* dionisiaca implícita o sugerida, conformada por aquellos mitos en los que, a pesar de su ausencia más o menos evidente, se advertía la presencia indirecta de Dioniso; y todo ello no habría de quedar tampoco absolutamente distante de un cierto *ἐνθουσιασμός* dionisiaco que impregnaba el conjunto poético. En nuestra opinión, todos los elementos compositivos del vasto poema –los episodios señalados en este trabajo son sólo unos ejemplos significativos de la compleja urdimbre épica–, por extraños que éstos pudieran parecer –en consecuencia, la variación proteica (ποικιλία; cf. 1.15: ὅτι ποικίλον ὕμνον ἀράσσω) no era sólo un rasgo estilístico formal elegido sino también una postura argumental decidida–, abundaban en la historia literaria de Dioniso y su deificación final y, a la vez, cimentaban sin fisuras la unidad de la extensa obra pagana de Nono de Panópolis.